

EN CUERPO Y ALMA

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el TEATRO
INFANTA ISABEL, la noche del 30 de noviembre de 1918

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

<i>María Antonia Sirvent de Hoyos</i>	María Gámez.
<i>Pilar Sirvent</i>	Carmen Posadas.
<i>Doña Trinidad Peláez, viuda de Sirvent</i>	Nieves Suárez.
<i>Genoveva Hoyos de Medina</i> ..	Blanca Jiménez.
<i>Juana</i>	Carmen Cachet.
<i>Juan de Dios Cabalín (60 años magníficos)</i>	Rafael Ramírez.
<i>Pedro Medina (32 años)</i>	José García Aguilar.
<i>Luis Hoyos (38 años)</i>	Alfredo Alaiz.
<i>Ceferino, portero del Tribunal de Cuentas</i>	Francisco Alarcón.

ÉPOCA ACTUAL

DERECHA E IZQUIERDA, LAS DEL ACTOR

ACTO PRIMERO

Una sala-hall con muebles claros de junco y un par de sillones de tapicería, cómodos, en el piso bajo de una casa en Los Molinos (Guadarrama). Foro, terraza y jardín. Es de día, en agosto.

ESCENA PRIMERA

DOÑA TRINIDAD, GENOVEVA y PILAR, cosiendo ropa blanca de niño.

GENOVEVA.—Dame la faldita, Pilar.

PILAR.—Mira que está un poco pasada...

GENOVEVA.—Aun sirve perfectamente. Se le hacen los dobladillos más grandes... ¡y como nueva!

PILAR.—Tendrás que hacer dobladillo también por el centro...

GENOVEVA.—Ahí se zurce un poquito...

DOÑA TRINIDAD.—Mucho apuras, Genoveva...

GENOVEVA.—¿Y qué remedio? Por gusto ya mandaría que me trajeran de cada vez una canastilla flamante.

DOÑA TRINIDAD.—No te creo. Aun sobrándote los

millones, seguirías arreglando por ti misma la ropa de los chiquillos, que eres una madraza.

GENOVEVA.—Como son todas. Y en mí parece algo porque habiendo tantos me dan mayor quehacer...

DOÑA TRINIDAD.—¿Para cuándo esperas el nuevo?

GENOVEVA.—Allá para octubre... a mediados, lo más pronto. Pero a fin de septiembre nos iremos a Madrid, no sólo por esto, sino porque a Pedro se le concluye la licencia y no puede retrasarse para la oficina, que ahora llevan con mucho rigor eso de la puntualidad, y no es cosa de aventurar un buen sueldo de siete mil pesetas... cuando además es lo único.

DOÑA TRINIDAD.—Claro que no. Pero lo siento, porque octubre aquí, en Guadarrama, es muy hermoso todavía.

GENOVEVA.—¡Figúrate yo con qué gusto! Y no sabes tú lo que te lo agradecemos Pedro y yo, y la chiquillería, que disfruta a sus anchas por el jardín. Aparte ya de la satisfacción de estar con vosotros, es que nos resuelves el problema del veraneo.

DOÑA TRINIDAD.—¡No hables de eso! ¿Qué más puedo yo desear que teneros a todos reunidos, en paz y contentos? Cuando se casó mi María Antonia con tu primo Luis, como él no puede alejarse mucho de Madrid, por sus negocios de Bolsa, hicimos arreglar este caserón, que ya fué de mis padres, con el propósito de reunir aquí la familia,

GENOVEVA.—Y lo habéis dejado precioso.

DOÑA TRINIDAD.—Algo se hizo, sí...; pero aun queda mucho. En las casas no se acaba nunca de enterrar dinero.

ESCENA II

Dichos; CABALÍN y CEFERINO, por la izquierda.

PILAR.—¿Da trajín ese Tribunal de Cuentas?

CEFERINO.—¡Un horror! Mire la firma.

Señalando a la cartera.

PILAR.—Y ahora, con la presidencia interina, aun tendrá más...

CEFERINO.—¡Muchísimo más, señorita!

CABALÍN.—Ceferino, ¿me permite usted que conteste yo?

CEFERINO.—Perdone usted, señor ministro; pero creí que hablaba conmigo la señorita Pilar.

CABALÍN.—No sé por qué...

CEFERINO.—Como los dos somos del Tribunal...

CABALÍN.—Sólo que usted es portero y yo magistrado.

CEFERINO.—Exactísimo; sí, señor... Pero eso no quita para que los dos seamos del Tribunal.

CABALÍN.—Bueno, calle. O hable... lo que le dé la gana.

Se sienta, y poco a poco va dando sus cabezaditas.

DOÑA TRINIDAD.—Oiga, Ceferino. Ha de hacer el favor de traerme otra caja de galletas.

CEFERINO.—¿De casa de Prast? Muy bien.

DOÑA TRINIDAD.—La Juana le dará los cuartos. Pídaselos.

CEFERINO.—Si a usted le es lo mismo, me los dará el muchacho.

DOÑA TRINIDAD.—Lo mismo. Pero ¿qué diferencia hay para usted?...

CEFERINO.—No me gusta pedir dinero a las mujeres.

DOÑA TRINIDAD.—(Riendo.)—Eso es muy delicado.

CEFERINO.—Son mis principios, señorita.

DOÑA TRINIDAD.—Los respeto. Al muchacho. Y tráigame también otro tarrito de pomada.

CEFERINO.—¿Vaselina? Muy bien.

DOÑA TRINIDAD.—Esta salió muy áspera y corta un poco la piel... Pero cómprela en sitio distinto.

CEFERINO.—¿Dónde?

DOÑA TRINIDAD.—¿No sabe usted ningún otro?

CEFERINO.—No, señora... No tengo costumbre de esos recados. Como los señores ministros no usan vaselina... ¡vamos, que yo sepa!...

GENOVEVA.—En la botica de la Reina Madre, en la calle Mayor.

CEFERINO.—Muy bien.

DOÑA TRINIDAD.—¿No es muy extraviado para usted?

CEFERINO.—¡No, señora! Me coge de paso... para el Viaducto. Pero eso es igual, que yo tengo mucho gusto en servir a las señoritas.

DOÑA TRINIDAD.—Gracias, Ceferino.

CEFERINO.—¿Mandan ustedes algo más?

DOÑA TRINIDAD.—Nada.

CEFERINO.—(Que está colocado ahora detrás del sillón de Cabalín, se vuelve a éste y se inclina para hablarle.)—¿Y usted, señor ministro...?

CABALÍN.—(Que dormitaba, despertándose inquieto.)—¡Eh...! ¿Quién...?

CEFERINO.—¿Que si dispone usted alguna cosa?

CABALÍN.—Nada, nada. Adiós, compañero.

CEFERINO.—Desde lo más humilde del escalafón comprendo la ironía... Que por torpe que uno sea, del trato con los señores ministros, abogados y procuradores, algo se nos pega.

CABALÍN.—Es natural...; pero no se dice *procurador*.

CEFERINO.—Comprendo otra vez la ironía. Pero fué errata de boca: ya sé que es *procurador*.

CABALÍN.—Pues dígalo así. Vaya con Dios, Ceferino.

CEFERINO.—A la orden de usted. (Mutis por la derecha.)

ESCENA III

Dichos, menos CEFERINO.

PILAR.—¿Qué idea tendrá éste de las ironías?...

DOÑA TRINIDAD.—Un poco vaga, sí... Pero no hay que burlarse mucho, Pilar, que todos tenemos ideas equivocadas de algunas cosas, y eso es peor que tenerla de algunas palabras.

PILAR.—Por fortuna, yo estoy aún en dejarme guiar, y conmigo, si acaso, se equivocarán los otros.

GENOVEVA.—Si es el novio... ¡se ha divertido!

PILAR.—Puede que sí... Por de pronto, él quiere casarse inmediatamente y yo no tengo maldita la prisa.

GENOVEVA.—Señal de poco amor en ti. Yo, a los veinte años, ya estaba casada y no tuvimos más que cuatro meses de relaciones.

PILAR.—No llevo yo ese camino...

DOÑA TRINIDAD.—¿Pero tú quieres o no quieres a Lorenzo?

PILAR.—Pues no lo sé fijamente. Cuando no lo veo, muchísimo; cuando lo veo, un poco menos, y cuando apremia para fijar la fecha de boda, lo aborrezco. Muy buen chico, muy bueno...; pero con el don de la inoportunidad. Es de los hombres que nos oprimen amorosamente la mano cuando nos está saliendo en el dedo un panadizo...

DOÑA TRINIDAD.—Buena desgracia tiene.

PILAR.—Y porque ese día se incomoda una y se queja de dolor, ya no vuelve a insistir jamás. Por lo visto se ha figurado que el panadizo es como el matrimonio, para siempre...

DOÑA TRINIDAD.—La suerte de acertar. Hay mucha gente que no tiene otro mérito... y sólo ya por eso la envidiamos.

GENOVEVA.—¡Ya lo creo que es mérito!... ¿La puntilla blanca, Pilar?

PILAR.—No la tengo.

DOÑA TRINIDAD.—Ni yo.

PILAR.—(Levantándose.)—Iré a buscarla.

DOÑA TRINIDAD.—Deja, que tú ahora trabajas. Cabalín... ¿qué haces?

CABALÍN.—Digiero.

DOÑA TRINIDAD.—Esa no es ocupación.

CABALÍN.—Te parecerá a ti. ¡De las más respetables!

DOÑA TRINIDAD.—Por no llamar a los muchachos, que estarán almorzando todavía, ¿quieres tú hacer el favor de decir que te den la puntilla?

CABALÍN.—En la Plaza de Toros no lo diría..., pero aquí no tengo inconveniente. (Mutis por la izquierda.)

ESCENA IV

Dichos, menos CABALÍN.

GENOVEVA.—¿Viene todos los veranos con vosotros?

PILAR.—Algunos solamente, cuando queda de turno en el Tribunal. Le traen aquí la firma y él va un día o dos a la semana si algo lo requiere. Por nuestro gusto viviría siempre con nosotras, ya que no tiene familia; pero dice que le es imposible... por las conquistas.

GENOVEVA.—¿Hace conquistas aún?

DOÑA TRINIDAD.—Es el pretexto para negarse..., y de paso se da el lujo de contarnos unas aventurillas galantes, que nadie le cree.

GENOVEVA.—Es muy simpático y muy bueno.

DOÑA TRINIDAD.—¿Cabalín? Un santo... si hubiera santos desvergonzados. Pero quitándole ese defectillo, es el hombre mejor que hay en el mundo.

GENOVEVA.—¿Era pariente de tu marido?

DOÑA TRINIDAD.—No, nada. Una amistad de siempre, ya de familias; nos criamos juntos de chiquillos y hay entre nosotros un afecto y una confianza sin límites.

GENOVEVA.—Siendo, o habiendo sido, tan aficionado a faldas, tú no escaparías sin oírle alguna broma...

DOÑA TRINIDAD.—Bromas, claro que sí, constantemente, que de ellas no se escapa ninguna; pero en serio sólo una vez habló conmigo para decirme que le dispensara si no me hacía el amor...

GENOVEVA.—(Riendo.)—¡Muy bien!

DOÑA TRINIDAD.—«Yo no pienso casarme nunca—me dijo—, y sabedora de ello, si te pretendo y

me rechazas, perderé tu estimación; si te pretendo y no me rechazas, perderás tú la mía. Como vuestra amistad es la única que estimo profundamente y quisiera conservarla toda la vida... ¿vamos a seguir de amigos siempre?»

GENOVEVA.—Eso es de caballero.

DOÑA TRINIDAD.—De lo que es.

PILAR.—Nosotras le adoramos y él nos quiere como un padre, nos riñe como una madre y nos colma de regalitos como una abuela.

ESCENA V

Dichos, CABALÍN, por la izquierda.

CABALÍN.—Hablando de mí, ¿eh?

PILAR.—Sí.

CABALÍN.—¡Ya, ya! En cuanto oí lo de abuela... ¡me lo figuré: le están cortando un sayo al pobre Cabalín!

DOÑA TRINIDAD.—Si no hablan nunca peor...

CABALÍN.—¿Qué me importa? Yo desprecio las alabanzas... (A GENOVEVA.) Ahí va.

GENOVEVA.—Muchas gracias.

DOÑA TRINIDAD.—Y las censuras... ¿las desprecias también?

CABALÍN.—¡No, esas no!

PILAR.—¿Pero lo aplicas a la faldita? ¡Que está menos que mediana, mujer!

DOÑA TRINIDAD.—Compra otra. O te la regalaremos.

GENOVEVA.—Sirve ésta, sirve. Para el primer hijo, y aun para el segundo, todo fué nuevo y lo más elegante que pudimos...; pero ya para el cuarto lo mismo da. Y además no hay dinero que llegue, pues todo se lo comen esas criaturas.

DOÑA TRINIDAD.—Verdad es...; pero ya podíais echar la llave, que bastan cuatro nenes en cinco años de casados.

GENOVEVA.—¡Ya lo creo que bastan y que sobran! Pedro se desespera y se consume.

DOÑA TRINIDAD.—Empieza a tener razón...

GENOVEVA.—¡Sí la tiene, sí! Yo sufro materialmente y moralmente con esa plaga de hijos... ¿Pero qué le vamos a hacer si Dios nos los manda?

CABALÍN.—Rezarle menos.

GENOVEVA.—Es cuestión de suerte y de casualidad.

DOÑA TRINIDAD.—Un poco, sí.

GENOVEVA.—Todo. Tu hija María Antonia y mi primo Luis llevan casi el mismo tiempo de matrimonio... y no tienen ninguno.

CABALÍN.—Y tu otra hija Pilar, tampoco los tiene.

DOÑA TRINIDAD.—¡¡Qué va a tener, si es soltera!!

CABALÍN.—Es lo que yo digo, que no los tiene.

DOÑA TRINIDAD.—(Reprendiendo.) — ¡¡Vaya, vaya!!

PILAR.—¡No hagas rabiarse a mamá, eh...!

CABALÍN.—Me parecía que estábamos de acuerdo... ¡Pero no lo estaremos, no lo estaremos!

ESCENA VI

Dichos PEDRO, por el foro.

GENOVEVA.—¿Y los pequeños, Perico?

PEDRO.—(Encogiéndose de hombros.)—Por ahí...

GENOVEVA.—¿Solos?

PEDRO.—Con las dos amas.

GENOVEVA.—No estoy tranquila si tú o yo no los vigilamos. ¿Quieres seguir nuestra labor en el jardín, Pilar?

PILAR.—Bueno...

Recogen la costura y mutis por el foro

PILAR y GENOVEVA.

DOÑA TRINIDAD.—Yo no voy, que aun hará bochorno...

ESCENA VII

Dichos, menos GENOVEVA y PILAR.

CABALÍN.—¿Y Luis?

PEDRO.—Tumbado queda bajo los árboles.

DOÑA TRINIDAD.—¿Qué te pasa, hombre?

PEDRO.—Nada.

DOÑA TRINIDAD.—Siempre te veo mustio y hueraño...

PEDRO.—¿Qué quiere usted que me pase, Trinidad? ¡Que tengo treinta y dos años, que estoy en la plenitud de mi vida...! ¡Y que no puedo vivir!

DOÑA TRINIDAD.—¿Os lleváis mal Genoveva y tú?

PEDRO.—No, señora; muy bien.

DOÑA TRINIDAD.—¿Hay alguno enfermo?

PEDRO.—No, señora; todos perfectamente.

DOÑA TRINIDAD.—¿Y entonces?

PEDRO.—¡Es que no puedo con la carga! Y si miro al porvenir, con la educación, los colegios y las carreras... ¡hay para desesperarse más aún!

CABALÍN.—Es que Pedro no sirve para marido.

DOÑA TRINIDAD.—Pues si llega a servir...

PEDRO.—Y eso, la parte económica, que me hunde materialmente, eso no es nada. Ya saldríamos adelante con un poco más de trabajo... o reduciéndonos más. ¡Lo horrible es que también me hunden el espíritu, la voluntad... y todo lo que hay en mí de sueños y de ansias, todo, todo!

DOÑA TRINIDAD.—¿Los pequeños?

PEDRO.—No.

DOÑA TRINIDAD.—¿Genoveva? ¡Pero si es una criatura angelical! Una santa mujer que lleva la existencia sacrificada, sin más diversión ni más pensamiento que el de esas criaturitas.

PEDRO.—¡Pues eso es lo que nos aparta, eso! No discurre más que para los hijos, ni vive más que para los hijos... ¡Pero no vive para el marido! Es una madre digna de todos los respetos y de todas las admiraciones... ¡pero es madre, no mujer! Y cuando se tiene marido hay que ser las dos cosas.

DOÑA TRINIDAD.—Tú debías intentar cariñosamente convencerla de ello.

PEDRO.—¿Cree usted que no lo intenté durante los primeros años? ¿Pero cómo se atrae el alma de una persona cuando le habla usted de... de política, y no sabe ni quién gobierna?

CABALÍN.—En España no lo sabe nadie...

PEDRO.—Le hablo de arte, y me dice que sí a todo; ni le importa ni le interesa. Le hablo de religión, y ataja respondiendo que no se puede discutir la fe. Le hablo de ciencia..., y bosteza... o responde que sí, que es admirable la máquina Singer... ¡Y cuando se habla sin obtener contestación, acaba uno siempre por no hablar!

DOÑA TRINIDAD.—Estáis muy distanciados.

PEDRO.—No, señora; al revés, muy unidos...; y ésa es la desesperación, porque los cuerpos han de seguir con su cadena y las almas hace mucho ya..., ¡mucho!, que volaron en distintas direcciones.

DOÑA TRINIDAD.—Mala cosa, Pedro.

PEDRO.—Mala, Trinidad... No me pregunte ya más. Se lo suplico...

Sentándose abatido.

CABALÍN.—Lo peor no es que Genoveva sea de ese modo, sino que tú seas del contrario.

PEDRO.—Somos muy distintos, sí... No hay engarce posible entre nosotros. Vivimos juntos, es verdad..., ¡juntos!; pero parece mentira que entre dos seres que están juntos pueda haber tantas leguas de distancia de uno a otro...

CABALÍN.—Las consecuencias enojosas son para ti,

PEDRO.—Bien lo sé.

CABALÍN.—Pero la culpa no es tuya, es del régimen social, que obliga a casarse a todo el mundo, cuando no todo el mundo tiene aptitudes para esa faena. Vamos, para ese sacramento. Toda la piedra no sirve para construcciones, toda la madera no sirve para muebles ni todo el agua para beber..., y así como hay prácticos que distinguen a maravilla el pino corriente del pino rojo o de la holanda, y saben la aplicación de cada uno, así debía haber prácticos, o técnicos, que nos distribuyeran a los hombres, mandando: «Este para médico, éste para matemático, éste para obispo, éste para violinista, éste para marido, éste para subsecretario o para director general...»

DOÑA TRINIDAD.—No disparates más, Cabalín.

CABALÍN.—¿Disparatar? ¡Pero si esto es la quinta esencia de lo razonable! ¿No ves tú clarísimo que de ese modo seríamos útiles todos, coincidiendo nuestra vocación con nuestro estado, mientras que yendo ciegamente a la casualidad de una carrera o a la rutina de la que tuvieron nuestros padres, se desaprovechan las aptitudes de cada uno? Y así ocurre muy a menudo que sea un mediano obispo el que hubiera sido un excelente violinista, incluso con perjuicio espiritual para las almas, que se recrearían oyéndole al obispo una sonata bien tocada, y en cambio salen con gana de hacerse herejes después de oírle un mal sermón.

DOÑA TRINIDAD.—(Cortando.)—¡Bueno, bueno!

CABALÍN.—Y así ocurre...

DOÑA TRINIDAD.—Ten la bondad de que no ocurra nada más.

CABALÍN.—Ya está la mordaza en la boca. Igual que en tu casa, Pedro.

PEDRO.—Por el estilo...

CABALÍN.—Y uno se calla... o se va a otro lado para decir lo que siente. ¿Igual que tú, Pedro?

PEDRO.—Yo no tengo más recurso que callarme.

CABALÍN.—Heroica resignación...

PEDRO.—Muy sencilla. ¿No te has fijado cómo cuidan las carreras del jardín? En cuanto despunta una hierba o una flor, pasan con ímpetu el rastrillo... y la cuchilla las siega inmediatamente. Yo les imito..., y en cuanto asoma por el pensamiento una hierba de esperanzas o una flor de ilusiones, paso brutalmente el rastrillo de la voluntad... ¡y allá se van hierbas, flores y esperanzas!...

CABALÍN.—(Acercándosele.)—¿Allá se van...?

PEDRO.—(Sonriendo.)—Sí...

CABALÍN.—¿Dónde es allá?

PEDRO.—No lo sé...

CABALÍN.—¿Ni lo sospechas?

PEDRO.—Un poco... Para las cosas materiales que se desdennan y se tiran, *allá* suele ser la cloaca y el sumidero... Para lo inmaterial, que se desprende y se aleja, *allá* puede ser el aire, puede ser el cielo, puede ser una mujer...

CABALÍN.—Puede ser...

PEDRO.—Pero no es.

DOÑA TRINIDAD.—¿Qué algarabía estáis armando? En cuanto se reúnen un visionario y un chiflado... ¡desatino seguro!

CABALÍN.—¿El chiflado soy yo? Menos mal. Llevo la mejor parte...

ESCENA VIII

Dichos; LUIS, por la izquierda.

DOÑA TRINIDAD.—¿Ya acabaste de dormir?

LUIS.—Allá fuera, sí. Ahora voy a pegar la hebra en un silloncito de éstos. Hace calor...

Sentándose.

CABALÍN.—Pues te imitaremos.

Se sienta.

DOÑA TRINIDAD.—¿No os da vergüenza?

LUIS.—El campo se hizo para descansar.

CABALÍN.—Es una idea del campo como otra cualquiera... Y desde luego incomparablemente mejor que la de los ministros de Hacienda, que creen que el campo se hizo para ponerle contribuciones.

DOÑA TRINIDAD.—Alguien ha de pagar...

CABALÍN.—Me parece muy mal.

LUIS.—¡Que diga eso un ministro del Tribunal de Cuentas!

CABALÍN.—Aquello sí que es campo..., por los gazapos, Nos mandan cada relación... que a veces

busca uno curioso la firma a ver si es la del Gran Capitán. Y si discutimos y se ponen reparos, como es nuestro deber, en seguida llueven disgustos y enojos..., y lo menos que nos dicen es... «¿Pero ustedes se figuran que tratan con ladrones?» Y más de una vez contestaríamos: «¡Sí lo creemos, sí...!»

DOÑA TRINIDAD.—Pues si es verdad, decidlo.

CABALÍN.—Tememos que no agradezcan la franqueza. Y nos contentamos con echar abajo las partidas dudosas.

ESCENA IX

Dichos; MARÍA ANTONIA, por el foro.

MARÍA ANTONIA.—(Con un brazado de ramas y de flores, al verlos sentados.)—¿Otra vez tumbados? (Con rabia.) ¡Ah! (Dándole una flor.) Para ti, mamá.

Desde su sitio, tirando una flor a cada uno.

Marido... Pedro... Cabalín...

DOÑA TRINIDAD.—Pero María Antonia...

MARÍA ANTONIA.—¡Si es para que se muevan, mamá, para que se muevan, que están como pasmarotes todo el día!

CABALÍN.—A tu costilla le gustamos moviditos. Bueno, vamos a clase de gimnasia.

Todos recogen su flor.

MARÍA ANTONIA.—¡Y ahora quietos!

CABALÍN.—¡Ah..., es la instrucción! ¿Verdad, mi coronel?

MARÍA ANTONIA.—Verdad.

Se acerca a LUIS para ponerle la flor en el ojal, pero como le estorba el brazado, lo tira.

DOÑA TRINIDAD.—Pero mujer...

MARÍA ANTONIA:

«La dulce Ofelia, la razón perdida,
cogiendo flores y cantando pasa.»

¿Canto, mamá?

DOÑA TRINIDAD.—(Espantada.)—¡No!

PEDRO.—Tú las coges... y las tiras.

MARÍA ANTONIA.—Supongo que ella haría lo mismo...

A LUIS.

¿Me permites?

LUIS.—(Abrazándola.)—Eres una loca adorable...

PEDRO.—(Cuando MARÍA ANTONIA le pone la flor.)—Gracias, Mari...

CABALÍN.—Estimo mucho que me pongas la flor; ponme también algo del tiesto.

MARÍA ANTONIA.—(Abrazándole.)—¿Por qué no?

DOÑA TRINIDAD.—¡María Antonia! ¡María Antonia! ¡Qué soliviantas a las personas formales!

MARÍA ANTONIA.—Que lo sean cuando se discutan asuntos muy graves; pero siempre, siempre, no es seriedad, es pesadez. ¡Y con Cabalín, que no ha sido persona formal hasta que el pobre no pudo ser otra cosa!

CABALÍN.—¡Eh, eh!... Que estoy en activo,

MARÍA ANTONIA.—¡Qué has de estar!

DOÑA TRINIDAD.—María Antonia, hija...

CABALÍN.—Por Dios, no la reprendas más, que contra ti no se revuelve; pero me sacude a mí de lo lindo, y salgo yo perdiendo en la refriega.

DOÑA TRINIDAD.—Hay que templar un poco ese genio.

CABALÍN.—¿El mío?

DOÑA TRINIDAD.—El de ella.

MARÍA ANTONIA.—Esto no es mal genio, mamá... Es la juventud y la vida, que brincan un poco por dentro.

DOÑA TRINIDAD.—Y por fuera.

MARÍA ANTONIA.—También por fuera. Y los que no son así, los que no tienen jamás un arranque de viveza y de alegría..., o son muy hipócritas... o es que no tienen alma.

DOÑA TRINIDAD.—Eso es de hereje. Todas las criaturas nacidas...

MARÍA ANTONIA.—No lo tomes al pie de la letra. El alma inmortal, la esencia divina que separa a los racionales de las bestias, claro que sí, que la tenemos todos..., aunque de algunos se dude con razón.

LUIS.—(Reprendiéndola risueño.)—¡María!...

MARÍA ANTONIA.—¡Pero yo no me refiero a esa alma para nada! Ahora hablo de la otra...

DOÑA TRINIDAD.—De la otra? ¡¡Jesús!!!

LUIS.—¡¡María!!...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CALLE ISSAQ REYES
MONTERREY, N.M.L.